

CONTRA EL VIENTO

Era sábado por la tarde cuando vi a Irene por primera vez. Ella iba montada en un caballito del carrusel que giraba alegre al son de la música y me atrapó el placer infantil que destilaba. Volaban sus faldas y sus cabellos formaban remolinos en el aire, dándole la apariencia de una diosa hermosa y libre. Me dediqué a observarla mientras reía y galopaba en su montura de madera. La amé desde ese instante.

Cuando descendió del tiovivo, yo le ofrecí mi mano, ella la tomó, me miró con unos ojos líquidos que se disolvieron en los míos y nos adentramos en el bullicio de la feria. No fueron necesarias las palabras, nuestras manos nos guiaron y nos reconocimos sin necesidad de presentación.

Pasaron los meses y con ellos los años. La vida se tornó apacible y tranquila al lado de Irene. No teníamos desencuentros y si alguna vez nos enfadábamos, nos reconciliábamos al cabo de pocas horas y continuábamos con nuestra existencia como si nada hubiera pasado. Nuestras discusiones no malograban el cariño que nos teníamos, yo volvía a mis colecciones y mis rutinas y ella se dejaba llevar por la sosegada vida doméstica que habíamos ido construyendo con el tiempo.

O eso creía yo.

Hace unos tres años, Irene me pidió guardar para ella misma las tardes de los viernes. No me pareció descabellada tal petición y acepté encantado. Sus ausencias no constituían ningún inconveniente ni suponían para mí motivo de preocupación. Ella siempre regresaba.

Un día, el equilibrio se rompió. Todo comenzó sin que nos diéramos cuenta, como suelen empezar las cosas importantes. Aquel viernes por la tarde, yo regresaba a casa cuando Irene salía y decidí seguirla, como si fuera un juego. Me dije que, quizá, después de tantos años, me dejaría compartir su secreto de los viernes.

Caminamos hasta un parque e Irene se acercó decidida a la jaula de los pájaros. Se sentó en un banco y estuvo contemplándolos largo rato sin moverse. De vez en cuando se estremecía al seguir los juegos acrobáticos de las aves en el aire y por sus mejillas rodaban pequeñas lágrimas. Al anochecer se levantó, movió sus brazos como

dos alas majestuosas, y se dirigió a la salida del parque sin mirar atrás. Yo me oculté tras una columna y salí aturdido entre la gente unos minutos después. A pesar de mis precauciones, no pude evitar toparme con sus ojos y, por un instante, noté su mirada sobre mi nuca cuando doblé la esquina y me confundí entre la multitud con la congoja de un fugitivo.

Volví a casa avergonzado, pero encontré a Irene alegre y contenta. Se había puesto su mejor vestido, tenía las mejillas arrojadas y sonreía alargándome los brazos. Me abrazó con fuerza y me propuso salir a dar un paseo.

La ciudad estaba dormida y como recién lavada por la lluvia de la tarde. Era hermoso pasear por las calles vacías del brazo de Irene, callados, aspirando el aroma de las camelias que perfumaban la noche y nos ceñía como un chal antiguo, conocido.

Al llegar al cruce de la avenida nuestras manos se unieron.

—¿Hacia dónde? —le pregunté.

—Hacia el río —me contestó con un deje joven y nuevo en la voz.

La miré con sorpresa. Nunca antes había demostrado una determinación tan clara y decidida. En su rostro no quedaba vestigio alguno de llanto ni melancolía.

Bajamos por las calles guiados por el murmullo del agua, una cinta de plata tendida a nuestros pies con la promesa de lo inaudito. En el centro, como una invitación, rielaba un camino lunar.

Nos desnudamos sin prisa. Irene dobló sus ropas en un montoncito ordenado mientras yo guardaba con mimo el reloj de pulsera en el fondo de mis pantalones. Un escalofrío me erizó el vello de las piernas al primer contacto con el agua. Irene, sin embargo, entró en el río chapoteando y su risa lo inundó todo; rebotaba contra los sauces de la orilla y volvía hacia nosotros, acompañándonos en nuestra soledad.

No logré relajarme ni disfrutar del baño como hizo ella, pues todo el tiempo que permanecemos en el río estuve inquieto, mirando con disimulo hacia los lados por si venía alguien, algún loco como nosotros o un guarda que nos llevaría de inmediato a la comisaría.

Nadie interrumpió nuestro desvarío, bueno, el mío, pues Irene opinaba que bañarse a esas horas, sin ropa y en un río helado, era lo adecuado. No me di cuenta de la clarividencia de Irene y sólo mucho tiempo después supe interpretar sus emociones.

Cuando ya despuntaba el día, subimos una cuesta que llevaba al centro de la ciudad. Decidimos entonces separarnos y volver a encontrarnos en el mismo punto al cabo de dos horas.

Vi marcharse a Irene con la decisión de una colegiala, una sonrisa dibujada en sus labios y nada entre las manos.

No se alejará mucho, pensé. Y crucé la calle confiado.

Un laberinto de callejas atestado de sonidos, olores y sensaciones olvidadas salió a mi encuentro. Me perdí al instante. Di vueltas y vueltas por calles polvorientas y abarrotadas de puestos de comida y coches de alquiler.

—¿Qué quieres llevar? —me preguntó risueña una campesina muy joven de piel fresca y sonrosada.

Exponía su mercancía en el suelo: tomates, pimientos, lechugas, especias. Tal explosión de colores hizo que me parase a contemplarla.

—¿Qué te pongo? —añadió mientras levantaba la romana—. Tengo la mejor verdura de toda la comarca.

—¡Paso! ¡Dejen paso! —voceó un hombre con una tabla sobre el hombro repleta de panes blancos y olorosos.

—¡Aparta! ¡Quita! Que me vas a... —le advirtió una anciana que tenía ante sí un cestillo de castañas.

El hombre le golpeó la espalda con el canto de la tabla y aproveché el enfado de ambos para escabullirme.

Al doblar una esquina, me topé con un puesto de hilos de colores. Las madejas colgaban como banderas, los hilos resplandecían bajo la luz de la mañana. Añoré como nunca a Irene, su imagen tejiendo interminables bufandas, calcetines y chalecos era tan real como el vocerío de la gente.

Miré a mi alrededor, todo me era ajeno y extraño. Mis pasos vacilaron y tuve que emplear gran parte de mi ingenio para salir de aquel dédalo diabólico. Yo no pertenecía a aquel lugar, yo pertenecía a Irene.

Me dirigí al punto de encuentro con la urgencia del enamorado, mirando de tanto en tanto mi reloj de pulsera. Aunque llegué puntual e incluso con tiempo de sobra, no volví a verla. Ella nunca acudió a nuestra cita.

De vez en cuando me llegan noticias de alguien que dice haberla visto.

Todas las primaveras, un circo recalca en la ciudad y se instala junto a la alameda. Dicen que Irene viaja con los titiriteros. Cuentan que vuela cada tarde en un columpio junto a los trapevistas y que, a veces, en las noches de luna llena, es posible verla sentada en la puerta de su carromato tejiendo chalecos y calcetines.

Pero yo no les creo.

AMARANTA